

## RECONCILIACIÓN DE LOS CHILENOS

### Homilía al terminar el Año Santo

**24 de noviembre de 1974**

*Al culminar en Chile la celebración del Año Santo de la Reconciliación, una inmensa multitud se reunió en Maipú. Allí, en presencia de todos los Obispos de Chile, el Cardenal dirigió al pueblo estas palabras.*

¡Qué hermosa jornada de reconciliación estamos viviendo aquí, en la tierra de Maipú!

Era conveniente que cada uno de nosotros dejara su casa, su villorrio, su barrio, su ciudad.

Era conveniente vencer nuestras amarguras y tristezas y, avivando la esperanza, ponernos en camino.

Era conveniente reunirse con otros caminantes y, tomando la Cruz de Cristo como bandera y brújula, avanzar por toda la geografía chilena hasta Maipú.

Era conveniente que, aquí, los hijos de la Iglesia de Chile se encontraran junto al Santuario de Nuestra Señora del Carmen, en una hora santa de conversión y de paz.

Era conveniente sellar el Año Santo chileno con esta peregrinación nacional.

Durante largos e intensos meses trabajamos por revitalizar la Iglesia, haciendo nuevo nuestro viejo amor por Cristo y procurando servir a Chile, ofreciéndole la reconciliación: esa reconciliación de hermanos que es Don del Padre de los Cielos y la única posible.

Los obispos chilenos, siguiendo un llamado del Papa, convocamos a este Año Santo. Tiempo de gracia. Tiempo de explorar juntos el querer de Dios para con nosotros, para este nuestro Chile de 1974. Tiempo de convertir nuestros corazones en la obediencia a ese querer: ¡el único en que se encuentra la paz!

### ***Tu voluntad, Señor***

“¡Tu voluntad, Señor, es mi Paz!” Esa era la gran oración, el lema de vida del Papa Juan. El gran secreto, también, de su permanente alegría y de su prodigiosa fecundidad. Escuchar al Señor y hacer lo que EL quiere, lo que EL manda, lo que EL desea. Tu VOLUNTAD, SEÑOR, ES MI PAZ. Allí se resume la sabiduría de la Iglesia; ésta es la gran lección de la historia de la Humanidad: ¡los hombres y las naciones sólo encuentran la paz cuando obedecen a Cristo y se convierten a su Evangelio!

Cristo quiere que nos digamos la verdad unos a otros, porque somos miembros de su Cuerpo: por eso, cuando nuestro lenguaje es mentiroso, no tenemos paz.

Cristo quiere que cada uno ame a su prójimo con la misma pasión y capacidad de sacrificio con que se ama a sí mismo. Por eso, cuando dejamos crecer en nuestro corazón la cizaña de la envidia y del odio, no tenemos paz.

Cristo quiere que lo reconozcamos y lo sirvamos a El en la persona de los pobres: por eso, cuando nos dejamos esclavizar por el egoísmo y la indiferencia, cuando no trabajamos apasionadamente por restituir al desposeído su dignidad y sus derechos de hombre, no tenemos paz.

¡SÓLO TU VOLUNTAD, SEÑOR, ES MI PAZ! Ese es el grito, la confesión que resume la experiencia de la Iglesia, la gran lección de la historia. Es la clave, también, de nuestro destino personal y de la salvación de nuestra patria y del mundo. SÓLO TU VOLUNTAD, SEÑOR: expresada en Tu Evangelio, interpretada, promulgada y urgida por Tu Iglesia. Este Año Santo, al que Cristo nos convoca por medio de su Iglesia, quiere ser tiempo de gracia,

invitación a mirarnos en el espejo de su Evangelio, y reencontrar, en la voluntad de Dios, nuestra verdadera imagen, nuestro único camino, nuestra esperanza, nuestra paz.

### ***Sinceridad***

Una condición exige Dios, queridos hijos, para que este tiempo de gracia cambie nuestro corazón: sinceridad. Sinceridad para confesar que en nuestra historia personal, y en la historia de nuestro Chile, ha habido injusticia, mentira, odio, culpable indiferencia. Seamos sinceros, humildes, y digamos al Señor: ¡HEMOS PECADO CONTRA TI! Pecar contra nuestro hermano, el hombre, es pecar contra Cristo, que murió y resucitó por todos los hombres. ¡Seamos sinceros, humildes!: ¡PEQUÉ, SEÑOR, CONTRA TI. NO OBEDECÍ A TU EVANGELIO!

Porque reconocer nuestro pecado es ya empezar a convertirnos.

El hijo pródigo huyó de la casa de su padre, dilapidó la herencia y tuvo que alimentarse con comida de animales. Entonces sintió que llegaba para él el tiempo de gracia, cuando en la sinceridad del corazón reconoció su falta. El hijo pródigo no inventó un subterfugio para justificarse. Simplemente confesó: "Padre, yo pequé contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo".

### ***El espejo del Evangelio***

Mirémonos hoy, en el espejo del Evangelio. ¿No somos, acaso, de alguna manera, en algún grado, ese hijo pródigo? ¿No hemos abandonado la casa del Padre, y olvidado sus mandamientos y despreciado su ley, la gran ley, la única ley, la del amor fraterno, la del servicio mutuo, la de llevar unos las cargas de los otros por amor a Cristo? ¿No hemos buscado ser felices lejos, en el cumplimiento de nuestra voluntad, en la satisfacción de nuestros egoísmos? Nos alejamos de Dios, creyendo vanamente ser con ellos más felices y más libres. Pero ese pecado nuestro no nos ha hecho, no nos hace felices ni libres. Sucedió, en verdad, lo que rezamos en la Oración del Año

Santo: "Padre, lejos de Ti sólo hemos encontrado cansancio, angustia y división".

Ahora es tiempo de gracia. Es la hora de volver dentro de nosotros mismos, como el hijo pródigo, y retornar a la casa. Es la Casa del Padre. El que vigila el horizonte para descubrir indicios de que su hijo regresa. El que sale al encuentro del ausente, del ingrato, del que lo ofendió privándolo de su presencia y creyendo ser feliz lejos de él. Sale a su encuentro, y apenas oídas sus palabras de confesión: "-Padre, yo pecqué contra el cielo y contra ti", lo acalla, lo abraza, lo viste con el traje mejor y prepara una fiesta para celebrar la vuelta del que tanto añoraba.

Así es el Dios de Jesucristo. El nos enseñó a decirle: "¡Padre!" Por eso nos miramos, hoy, en el espejo del Evangelio y, sintiéndonos ese hijo pródigo, confesamos: "¡Hemos pecado, Señor! ¡Hemos pecado contra la justicia y contra el amor! ¡Hemos pecado contra la verdad y contra la paz en nuestro Chile!"

### ***La Iglesia nos acoge***

Y el Padre nos recibe en su casa. Nuestra casa, porque somos, seguimos siendo sus hijos. Y esta vez en la casa del Padre está también la Madre. Por Ella la casa se convierte en hogar; el grupo humano, en familia. Por Ella, los hijos aprenden a conocer al Padre y a reconocerse, entre sí, como hermanos. ¡Qué hermoso es culminar este Año Santo de reconciliación, precisamente en la Casa de la Virgen María, la Madre del Pueblo de Chile! ¿Dónde mejor que aquí, podrían reencontrarse los hijos dispersos? ¿Quién, mejor que Ella, podría hacer de la Iglesia y de Chile, el hogar del que no se quiere salir nunca más? ¡Madre de la Iglesia, Madre de Chile, acoge a este pueblo tuyo que anhela empezar otra vez! ¡Toma posesión de esta casa tuya, para que todos los chilenos la sientan suya! ¡Quédate para siempre en este lugar de gracia, porque Tú eres la estrella y el alma de esta tierra bendita!

Nuestro Santo Padre, el Papa Paulo VI, nos ha hecho llegar, esta tarde, dos presentes para la imagen histórica de Nuestra Señora del Carmen de Maipú:

un manto y una corona.

La Iglesia de Chile se los agradece de corazón, porque son un lenguaje de paternal cercanía. Para siempre el Santuario de Maipú guardará estas insignias de María, como un recuerdo vivo del Padre común de la Iglesia universal. Y, entonces, los que peregrinan hasta acá sentirán que no sólo pertenecen a un pueblo definido por la sangre y las fronteras, sino que también son hijos de una familia que se extiende por todos los continentes: la Iglesia Católica. Iglesia universal que entre nosotros está también representada por obispos de Argentina y de Perú, que nos acompañan en esta peregrinación.

Vienen de dos naciones con las cuales nos unen ligamentos múltiples y profundos, de tradición libertaria, de patrimonio cultural, de mancomunados destinos. Los saludamos con afecto verdadero de hermanos, y les damos las gracias por su presencia en este lugar histórico: escenario, ayer, de una gesta emancipadora; símbolo y motor, hoy día, de nuestra lucha por liberar el corazón del hombre.

### ***Luchar contra el pecado***

¡Liberar el corazón del hombre! ¿Qué es lo que oprime, qué es lo que esclaviza al hombre? Ya lo dijo el Señor Jesús: “El pecado”.

¿Pero cuál es el gran pecado de los hombres sino el desamor? No hay nada, queridos hijos, nada que contradiga tanto el querer de Dios; nada que aflija tanto su corazón, como el ver a los seres humanos unos contra otros. Al Padre le duele ver a su Familia desgarrada. El no quiere la envidia, la codicia, el odio. Hubo un hombre que tuvo envidia de su hermano, codició sustituirlo y terminó por odiarlo: entonces lo mató. Se llamaba Caín, y por su crimen Dios lo maldijo a él. su trabajo y su tierra. Dios no puede bendecir el trabajo y la tierra del que odia a su hermano. El que odia a su hermano vive en las tinieblas -dice la Escritura-, y no sabe adónde va: las tinieblas lo han cegado. El que no ama a su hermano -dice la Escritura- permanece en la muerte. El que odia a su hermano -dice la Escritura- es un homicida. El que no obra la justicia -dice la

Escritura- no es de Dios. Este es el gran pecado que nos aleja del Padre y nos condena a la esclavitud.

Mis queridos hijos: “¡Aprendamos de nuevo a amarnos, sin desconfianzas, sin envidias! ¡Reencontremos el camino del amor fraterno, que nos hace pasar de la muerte a la vida! ¡ Seamos una familia que alegra el corazón del padre, en que cada uno tiene funciones distintas, pero igual dignidad! ¡Construyamos juntos una casa donde haya lugar para todos!”

Para eso estamos aquí, en esta Casa de la Virgen María, amplificada imagen de la Madre, cuyo manto quisiera albergar a todos sus hijos, sin distinción. Y le agradecemos al Papa por habernos regalado el Manto de la Virgen. Nos permite, así, repetir esas palabras que resonaron aquí, en Maipú, tras horas amargas de división y de muerte entre chilenos. Las profirió un prelado ilustre, don Ramón Ángel Jara, el 5 de abril de 1892, en una apremiante oración dirigida a Nuestra Señora del Carmen, y que resume muy bien la súplica de nuestra esperanza: “¡María, abre tu blanco manto y convida a la familia chilena a darse un abrazo de paz y de fraternal unión sobre tu regazo maternal!”

Hoy día, el Papa nos regala el Manto de la Virgen. El Papa, el Santo Padre, el Vicario de Cristo, imagen en la Tierra del Padre de los Cielos. Debe ser, entonces, voluntad de Dios. Este Manto se nos ofrece como emblema de paz y reconciliación. ¡Bajo este Manto caben, tienen que caber, todos los chilenos!

¡Emblema de paz y reconciliación! Este Manto, este Templo, la Iglesia misma, la Iglesia toda, tienen por misión ser el signo y la fuente de reconciliación entre todos los hombres.

Es una tarea ardua y difícil reconciliar a los hombres. Una tarea siempre incompleta. Sólo cuando el Señor retorne al final de los tiempos y surjan el cielo nuevo y la tierra nueva habrá reconciliación total. Entretanto, luchamos por ella; la procuramos apasionadamente, porque la reconciliación final se prepara ahora, se construye día a día y será fruto de lo que sembremos aquí.

### ***Condiciones para la reconciliación***

Por eso deseamos y pedimos para Chile que cada uno en su lugar, de acuerdo a su función en el cuerpo social, cumpla con las condiciones de la reconciliación. Son las mismas condiciones de la paz. Paz y reconciliación se dan solamente como fruto de la justicia. No hay paz ni reconciliación sino allí donde los derechos de los hombres -todos los derechos y de todos los hombres- son celosamente respetados.

El Santo Padre, Pablo VI y los obispos reunidos con él en el Sínodo Episcopal, recordaban hace un mes los derechos humanos que aparecen más amenazados en el mundo de hoy: el derecho a la vida, gravemente violado en nuestros días por el aborto y la eutanasia, por la extensión de la tortura, por hechos de violencia contra víctimas inocentes, por el flagelo de la guerra. El derecho a comer, directamente vinculado con el derecho a la vida, y que le está siendo negado a millones de hombres amenazados por el hambre; los derechos sociales y económicos, bloqueados por desigualdades masivas en el poder y la riqueza; los derechos políticos y culturales, como el de participar responsablemente en la formación del propio destino, el libre acceso a la información, la seguridad ante el arresto, la tortura y la prisión por razones políticas o ideológicas; la protección jurídica de los derechos personales, sociales, culturales y políticos. “A las naciones y grupos en conflicto les pedimos -decía entonces el Papa y con él los Obispos del Sínodo - que procuren la reconciliación, suspendiendo la persecución de otros y concediendo la amnistía, signada por la benevolencia y la equidad, a los prisioneros políticos y a los exiliados

“Ninguna nación está hoy sin culpa cuando se trata de derechos humanos”, añadía el Santo Padre. Y también la Iglesia debe someterse a continuo examen y purificación de su propia vida. Ella está consciente de sus limitaciones y fallas en materia de justicia, y eso la hace más comprensiva frente a las limitaciones y fallas de otras instituciones o individuos que merecen censura.

## ***Justicia***

Pero la Iglesia no puede cesar de urgir la justicia y preparar así la reconciliación. Ella es la depositaria de la única Palabra que puede salvarnos. Ella es la intérprete del único Evangelio que proclama y cautela la dignidad del hombre-de todo hombre- como hijo de Dios. Ella es la voceadora incansable del triunfo del amor sobre el odio y de la vida sobre la muerte. Ella es la abogada insobornable de todo aquel que es destituido de sus derechos; la conciencia incallable que denuncia toda justicia violada. Ella es la maestra que sabe de humanidad, con su sabiduría que le viene de Cristo. Ella es, sobre todo, la Madre que sólo tiene preferencia y predilección por el más indefenso, ni conoce otra pasión que la unidad de los dispersos. “¡El hombre -ha dicho dramáticamente el Papa- tiene derecho a la esperanza. Y la Iglesia debe ser hoy, signo y fuente de esperanza!”

Precisamente por eso, queridos hijos, ha querido Su Santidad Paulo VI regalarnos también hoy una corona. Corona de la Virgen que nos llega, este 24 de noviembre, como un signo de esperanza. Hoy celebra la Iglesia a Cristo como su Rey, El es el Señor del Universo, el que conduce la Historia hasta el día en que pondrá todo a los pies de su Padre. El es el Príncipe de la Vida, el Resucitado victorioso sobre todas las potestades de la muerte.

## ***La figura de María***

Y a su lado, María. La humilde servidora de Nazareth, que por hacerse tan pobre y sencilla, mereció ser escogida Reina. Reina por ser Madre del Rey. Reina, también, por derecho de conquista, porque se asoció íntimamente al dolor y a la muerte de Cristo en la Cruz, precio de rescate de la familia humana. Desde entonces, y particularmente, desde su Asunción gloriosa en cuerpo y alma a los cielos, ella ejerce su poder de Reina: poder de gracia y misericordia casi sin medida. Junto a Cristo y en dependencia de él, María Reina conduce también la historia humana, acompaña a los hombres y pueblos en su peregrinar, es su faro de esperanza, su amiga, su confidente, su Madre, el anticipo ideal de lo que la Iglesia espera ser un día. Hombres y pueblos lo saben; lo han experimentado en su carne y por eso la proclaman y

coronan Reina. Reina siempre victoriosa, vencedora en todas las batallas por el Reino de Dios.

Recibimos y entregamos hoy esta corona, símbolo de amor y gratitud por el pasado, prenda de lealtad y signo de invicta esperanza para los nuevos caminos. Nos encontramos, queridos hijos, en un momento crucial de nuestro destino como nación. También de nuestro destino como Universo. Se aproxima ya el año 2000 y no está todavía claro si los hombres sabremos administrar la Tierra que el Señor nos encomendó para todos o si seremos la generación que destruirá la Humanidad y el planeta.

Por nuestra parte, ya hemos optado nuestro camino de Cristo. Las cruces que se levantan en todos los rincones de Maipú en esta tarde, y la que se yergue en medio de esta plaza, son la expresión de nuestro compromiso de este Año Santo 1974. El próximo jubileo será el año 2000. Nosotros, ante la Cruz de Cristo, nos obligamos, por amor a Chile y al mundo, a sellar el fin de este milenio con el Evangelio del Señor Resucitado.

### ***Nuestro único faro: la Cruz***

La Humanidad ha corrido en este siglo tras de tantos falsos mesianismos. Se ha ilusionado con tantos falsos profetas e ídolos que prometían el mundo mejor y definitivo aquí en la Tierra. No nos equivoquemos: somos peregrinos, vamos caminando hacia el Santuario Eterno, la Casa del Padre en los cielos. No nos equivoquemos: el único faro en la noche es la Cruz del Señor. No nos equivoquemos: para alcanzar la Tierra Prometida hay que caminar en la esperanza, hay que luchar en la fe, hay que amar al amigo y al enemigo. No nos equivoquemos: sólo el Espíritu Santo es fuego suficiente, fuego de amor, para hacer de Chile un hogar familiar, acogedor y digno para todos. No nos equivoquemos: sólo María es la Estrella que ilumina el horizonte de la patria, preludiando la plena manifestación de Cristo, Sol de Justicia.

Mis queridos hijos: en esta hora decisiva de la historia no podemos ser neutrales ni indecisos. Cristo reclama de nosotros una fe luminosa,

convencida, audaz, de palabra y de obra, personal y social, en privado y en público. No temamos, María está con nosotros. ¡La Llena de Gracia está con nosotros! ¡La Reina del Cielo está con nosotros! ¡La causa de nuestra alegría está con nosotros! ¡Te saludamos, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra! ¡Vencedora en todas las batallas por el Reino de Dios!

¡Toma posesión de esta casa tuya y quédate para siempre en este lugar de gracia, porque tú eres la Estrella y el alma de esta Tierra Bendita!

Maipú, 24 de Noviembre de 1974.